

LAS CULPAS ABIERTAS

SUPERFICIE DEL CANSANCIO

EL que un hombre esté triste como yo no es razón para que me echés en cara la forma de mi sombrero. Te lo brindaría al sol, tendido, si te gustase. Pero me gustan tus ojos, me gustas tú y no es porque me engañes sino porque la campiña ha perdido todos sus accesorios. ¡Esencial! Aquí en la capital es donde mejor se adivina. Tú eres hermosa como la hoja del almanaque. Día a día lo vengo comprobando. Y no esperes que yo te mienta, porque me duele la caja del pecho de tanto almacenar ilusiones. Toda mi sangre viene cantando la misma canción acompañada, reíos, reíos, de una pande-reta. Tan, tan. Tan, tan, tan, tan. Las rodajas de lata os las serviría yo a todos para que comulgáseis con mis sentimientos. Pero vosotros teneis el pelo rizado, convulso, y pareceis eléctricos. Me resultais admirables. Inservibles. Desmontados. Solo tú, la de siempre, sacas la lengua porque has comprendido que le va muy bien al crepúsculo. Con la punta tocas la pura miel que él te sirve y encuentras muy endebles todas mis objeciones. No, si no te discuto. ¿Pero no comprendes que empequeñeces la Naturaleza así, con tu servilleta prendida? Luego pretenderás degustar el café y exigirás en él unos inéditos puntos, luceros, que no interrumpen su silencio. ¡Ah, que doméstica! No me mientes el común, el resobado, el ya desleído aguardiente y agua. ¡Ah, qué hartos

estoy de amaneceres! Cada hora un manjar, un espíritu. ¡Materialista! Y todo porque te has comprado un sombrero de paja, pamelita italiana, y has sentido crecer todos tus dedos para prolongar la languidez de tus gestos. El aire está poblado de cintas que se enredan cada vez más a cada ondeamiento de tus manos en desmayo. A ver, ¿no hay por ahí un jazz? Por de pronto arráncate ese sombrero. Pero tienes las caderas tan finas que si te estrecho te daré dos vueltas con mi brazo. Me desenredo de tu cintura rápidamente, y qué bonito trompo luminoso, vertical, con música. Te amo, perinola: canta. Todo el paisaje, monocorde, lírico. Tendida, abres los ojos y todos giramos a tu alrededor. Te lo figuras. Hasta la falda de tu vestido conserva no se qué forma centrífuga, impaciente, y tus muslos parecen de plata. Papirotazo y: ¡clin! Cómo sueñas, inhumana. Pero no me beses que tus labios tan rojos me saben a minio. Ese broche—no te enfades—que llevas sobre el pecho me parece una gota de estaño. Sí, sí, tienes razón: es la hora de volver a casa y de colarnos mientras la puerta se desquijara de aburrimiento. Pero si tú pretendes servirme la cena se callarán todos los ruseñores. Porque su plumaje es de música y se quedarán hechos calderón de silencio. Tú te columpias sobre mis dudas enseñándome bien las piernas. Si te descuidas me serviré un helado con tu tobillo, porque amo sobre todo la redondez en los párrafos. Aunque sean de cera. ¡No! Nauseabunda hay una bujía encendida no se por dónde. Vámonos al cuarto de baño. Su decoración aséptica me equilibra. Bruñido, matinal, te entrego unos buenos días de níquel y me zambullo en la cama. Porque estoy triste.

Sí, porque estoy triste. Pero no insistas. El día hoy

tiene forma de perol. Irresistiblemente abrumador. Me hastío. Y no saldré hasta mañana. Que me llamen a la hora de las espumas. Al filo de ellas. Y entra tú aquí en mi cuarto, frutal y tersa, porque yo amo sobre todo la pulpa y la mañana sin alcohol es una delicia.

EL MAR NO ES UNA HOJA DE PAPEL

Dechirante infortune!
A. Rimbaud

LO que yo siento no es el mar. Lo que yo siento no es esta lanza sin sangre que escribe sobre la arena. Humedeciendo los labios, en los ojos las letras azules duran más rato. Las mareas escuchan, saben que su reinado es un beso y esperan vencer tu castidad sin luna a fuerza de terciopelo. Una caracola, una luminaria marina, un alma oculta danzaría sin acompañamiento. No te duermas sobre el cristal, que las arpas te bajarán al abismo. Los ojos de los peces son sordos y golpean opacamente sobre tu corazón. Desde arriba me llaman arpegios naranjas que destiñen el verde de las canciones. Una afirmación azul, una afirmación encarnada, otra morada, y el casco del mundo desiste de su conciencia. Si yo me acostara sobre el mar en mi frente responderían todos los corales. Para un fondo insondable una mano es un alivio blanquísimo. Esas bocas redondas buscan anillos en que teñirse al instante. Pero bajo las aguas el verde de los ojos es luto. El cabello de las sirenas en mis tobillos me cosquillea como una fábula. Sí: esperadme que me quite estos grabados antiguos. Aguar-

dad que mi hombro escurra las indiferencias. Estoy esperando un chasquido, un roce en el talón, un humo sobre la superficie. La señal de todos los tactos. Acaricio una melodía: qué hermosísimo muslo. Basta, señores, el baño no es una cosa pública. El cielo emite su protesta como un ectoplasma. Cierra los ojos, fealdad, y láméntate de otra desgracia. Yo soy aquel que inventa las afirmaciones de espaldas. El que acusa al subsuelo de sus culpas abiertas. El que sabe que el mar se levantaría como una lápida. La sequedad de mi latrocinio es este vil abismo en que se revuelven los gusanos. Los peces podridos no son una naturaleza muerta. El mar vertical deja ver el horizonte de piedra. Asómate y te convencerás de todo tu horror. Apoya en tus ojos las manos y cuenta tus pensamientos con los dedos. Si quieres saber el destino del hombre olvídate que el acero no es un elemento simple.

RENACIMIENTO

CADA vez me canso más porque tus mejillas se van poniendo más pálidas. No esperes que yo te ame por el solo valor de tus actos; amor mío, amparo, socorro, o piedad. Nombres en do sobreagudo. Con voz de falsete, no puedo. La garganta gargariza gargarizando gárgaramente, y no son clavos. Quisiera yo que tu nombre fuera de pluma pero no me hagas cosquillas. Inútil que nos riámos los dos, porque no conseguiremos que llueva. Lágrimas en los ojos, la luz se irisa pura mentira y me das un beso redondo. Bah, cariño, permíteme que me

distraiga con el vuelo de una mosca: tú siempre tienes razón, aunque el aire esté emparedado. Tu pecho sube, tu pecho baja y hay un excedente de ácido carbónico. La pesantez de los cuerpos es tan torpe que cabecean los pensamientos. Si tuvieras un guante de Suecia quedaría todo arreglado con tacto. Pero la boca se te arruga y el poniente es de lija usada. No puedo. Un pincel de miradas, un golpe de pecho, y: permíteme Dios mío que eleve yo a tí mis súplicas. Nos ahogamos de redundancias y el cuarto se hunde de popa. El desacuerdo no siempre es intemperancia. Pero yo te amaba. He amado siempre los veladores de mármol frío. Con las manos calientes he estrujado tu corazón. Y palpitaba sin plumas, recién nacido, infuso de ciencia y lastre. Si yo me lo hubiera comido todo el plomo del ala hubiera sido pura retórica. Me has querido. Y a fuerza de concupiscencia comprendemos que el rezar no es un vicio. Yo amo a Dios sobre todas las cosas. Sobre tí palpitante, también lo amo. Pero en este cuarto tan chico el aire se cansa pronto. Rompe el cristal, que los cuchillos del occidente se están mellando. Desnuda de medio cuerpo, a la ventana, no le temes a las heridas. Filos te pasan sin agonía, pero te has hecho pura pantalla. A través tuyo alcanzan mi frente e iluminan mi desconfianza. Porque te espero, vuelo de ave, porque eres pura ficción y quisiera esconder mi pensamiento bajo el ala. Dios no me acusa. Truenos, rayos, dominaciones se resuelven en notas largas, en sola nota, y el caudal no se sale de madre. Tu palabra es excelsa, Dios santo, y te lo digo completamente sordo. La tarde, pura gesticulación, me golpea sobre los omoplatos, y en cambio los antípodas van a manecer: acude. Un amor no me falta. El amor

es lento como el abanico de los trópicos y me despeina ordenadamente. Esta brisa calentona es un beso de tu boca redonda que me das en la mejilla. Chocarrera. ¡Qué dirán las palmeras! ¡Qué dirán aquellas paredes blancas que se han desplomado súbitamente para que de su flor abierta surtamos tú y yo dormidos en su corola! ¡Qué dirán los músculos que nos hemos arrancado a manotazos tirándolos sobre las sillas! Ven Dios mío y envíanos tu nuevo olvido. Bautizados sobre la frente nos miramos con indulgencia. Pristina mañana. No sabemos si existe el aire. Pero la desnudez de los pechos enseña su gesto incalificable. Presiento, Dios mío, que el fin del mundo no tiene nombre.

Vicente Aleixandre

